

tituirse en tribunal de justicia para juzgar á los conspiradores.

Ultimamente por el cuarto disolvía la convencion la municipalidad de Paris.

Estos cuatro decretos eran perfectamente acomodados á las circunstancias, y convenian para los peligros del momento; pero era necesario para espedirlos tener todo el poder que solo podia resultar de los decretos mismos. Cuando se quieren crear medios vigorosos, es necesario tener energia, y cuando un partido moderado se empeña en contener á un partido violento, no hace mas que caminar en un círculo vicioso de que no le es posible salir. No hay duda en que la mayoría, como favorable á los girondinos, hubiera podido espedir estos decretos, pero propendia á favor de ellos por moderacion, y esta misma moderacion la aconsejaba esperar, contemporar, aguardar con confianza el porvenir y dilatar toda medida demasiado enérgica. Hasta desechó un decreto harto menos vigoroso que los ya enunciados, y eso que era el primero de los que estaba encargada de redactar la comision de los nueve. Por él

* Esta máxima es quizas la mas irrecusable que contiene la obra que estamos traduciendo, y que nosotros mismos hemos procurado inculcar en otros escritos. Véase el examen de las revoluciones españolas de 1820 á 23 y la de 1835.

proponia Buzot en nombre de ella, que toda provocacion directa á muertes ó incendios fuese castigada de muerte, y la indirecta con diez años de prision. Juzgó la asamblea que era demasiada severidad contra la provocacion directa, y que la indirecta estaba definida con mucha vaguedad, y era muy difícil de designar. En vano demostró Buzot que se necesitaban medidas revolucionarias, y por consecuencia arbitrarias, contra aquellos enemigos á quienes era indispensable combatir, porque no le escucharon siquiera, ni podia serlo dirigiéndose á una mayoría que condenaba las medidas revolucionarias en el partido violento, y por consecuencia era muy poco á propósito para emplearlas contra él. Difirióse pues la ley, y aquella comision de los nueve, que se habia instituido para proponer medios de mantener el orden quedó por decirlo asi inutilizada.

Sin embargo la asamblea no dejaba de mostrar alguna mas energia cuando se trataba de reprimir los extravíos del ayuntamiento, como que entonces parece que defendia su autoridad con una especie de celosa competencia. Habiendo sido citado á la barra el consejo general del ayuntamiento, á causa de la peticion contra el proyecto de guardia departamental, vino á justificarse, diciendo que ya no era el mismo del 10 de agosto donde se habian encontrado entre sus miembros

algunos prevaricadores, á quienes se habia denunciado con mucha razon, pero que ya no estaban en su seno. No confundais, añadió, á los inocentes con los culpables; restituidnos la confianza que tanto necesitamos, asi como nosotros queremos restituir la calma necesaria á la convencion para que nos dote de buenas leyes. En cuanto al envio de esa peticion, son las mismas secciones quienes la han reclamado, y nosotros no somos mas que unos mandatarios suyos; pero las instarémos á que desistan de ella.

Esta sumision desarmó hasta á los mismos girondinos, y á propuesta de Gensonné, se concedieron los honores de la sesion al consejo general. En efecto aquella docilidad de los administradores podia muy bien satisfacer el orgullo de la asamblea, pero no probaba nada en cuanto á las verdaderas disposiciones de Paris, sino que al contrario se aumentaba el tumulto, á medida que se iba acercando el dia 5 de noviembre, que era el señalado para oír á Robespierre. Hubo la víspera algunos rumores en diversos sentidos y recorrieron las calles de Paris diferentes bandadas gritando las unas; á la guillotina Robespierre, Danton y Marat: y otras mueran Roland, Lasource y Guadet. Se quejaron mucho en los jacobinos, mencionando solo los gritos dados contra los tres primeros, culpando á los dragones y á los confede-

rados, que todavia entonces eran adictos á la convencion. Volvió de nuevo á subir á la tribuna Robespierre el menor, lamentándose de los peligros que corria la inocencia, y se opuso á un proyecto de conciliacion que habia propuesto uno de los miembros de la sociedad, diciendo que el partido opuesto era decididamente contrarrevolucionario, y que no se debia guardar con él ni paz ni tregua; que sin duda pereceria la inocencia en la lucha, pero que era preciso que ella se sacrificase, y dejase sucumbir á Maximiliano Robespierre porque la pérdida de un solo hombre no arrastraria consigo la de la libertad. Todos los jacobinos aplaudieron aquellos generosos sentimientos, asegurándole que no sucederia nada ni pereceria su hermano.

Muy diferentes quejas se profirieron en la asamblea, donde se denunciaron los gritos dados contra Roland, Lasource. Guadet etc. Quejóse el primero de ellos de la inutilidad de sus requerimientos al departamento y á la municipalidad para obtener la fuerza armada, y aunque se discutió mucho y se cruzaron las reconvencciones, se pasó el dia sin tomar ninguna resolucion. El siguiente, que era el 5 de noviembre, se presentó por fin Robespierre en la tribuna.

Era general el concurso, y se esperaba con impaciencia el resultado de aquella solemne discusion.

El discurso de Robespierre era voluminoso y preparado con esmero, siendo sus respuestas á las acusaciones de Louvet, las mismas que se hacen siempre en semejantes casos. « Me acusais, dijo, « de que aspiro á la tirania; pero para conseguirlo « eran necesarios algunos medios, y dónde estan « mis tesoros y mis ejércitos? Vosotros pretendéis « que yo he levantado el edificio de mi poder en « los jacobinos; ¿pero qué prueba esto sino que « yo era mejor escuchado, porque tal vez me dirigía mejor que vosotros á la buena razon de « aquella sociedad, mientras que vosotros no « tratis de vengar mas desgracias que las de vuestro amor propio? Pretendeis que esa célebre sociedad está degenerada; pero solicitad un decreto de acusacion contra ella y yo tomaré á mi cargo su justificacion; entonces veremos si son mas felices ó mas persuasivos que Leopoldo y Lafayette. Decis que no me presenté en el ayuntamiento sino dos dias despues del 10 de agosto « y que entonces me instalé yo mismo en la oficina. Pero por de contado nadie me habia avisado mas pronto, y cuando me presenté allí no fue para instalarme como decis, sino para que se reconociesen mis poderes. Añadis que he insultado á la asamblea legislativa y que la amenacé con el rebato: este hecho es falso y habiéndome alguno de los que estan cerca de mi acu-

« sado de que queria tocar á rebato, respondi al « interlocutor que los campaneros eran aquellos « que agriaban los ánimos á fuerza de injusticia, y « entonces uno de mis cólegas, menos reservado, « añadió quese tocara. Este es el único hecho sobre « el cual ha fundado mi acusador semejante fábula. « Verdad es que en la asamblea electoral tomé la « palabra, pero se habia convenido en que debia tomarla, y en efecto presenté algunas observaciones, « como lo hicieron otros muchos usando del mismo « derecho. Yo no acusé ni recomendé á nadie, y « Marat no ha sido nunca ni mi amigo ni mi recomendado; pero si hubiese de juzgar de él por « los que le atacan, bien pronto quedaria absuelto; « mas á mi no me toca pronunciar mi juicio en « semejante proceso. Solo diré que es una persona enteramente estraña para mi, y una sola vez « que vino á mi casa, le hice algunas observaciones sobre sus escritos, sobre sus exageraciones y « sobre la pena que causaba á los patriotas ver « que comprometia nuestra causa por la violencia « de sus opiniones; pero él me tuvo por un « político de cortos alcances y asi lo publicó al dia « siguiente. Es pues una calumnia suponerme instigador y aliado de tal hombre.» Pasando desde estas acusaciones personales á las generales que se dirigian contra el ayuntamiento, repitió Robespierre, como todos sus defensores, que el 2 de

setiembre habia sido una consecuencia del 10 de agosto, y que era imposible señalar el punto preciso en que se deben parar las olas de una insurreccion popular; que sin duda habian sido ilegales las ejecuciones, pero que tambien era imposible sacudir el despotismo sin medidas ilegales; que igual cargo podrá hacerse á toda la revolucion, como que todo en ella habia sido ilegal desde la toma de la Bastilla hasta la caida del trono. Pintó luégo los peligros de Paris, la indignacion de sus ciudadanos, sus concurrencias al rededor de las cárceles, su irresistible furor al pensar que iban á dejar á sus espaldas unos conspiradores que degollarían á sus familias. «Se asegura que «ha perecido un inocente, gritó con énfasis el orador, uno solo; y es ciertamente lamentable. Ciudadanos, llorad esa cruel equivocación: nosotros mismos la hemos llorado hace mucho tiempo: era un buen ciudadano, uno de nuestros amigos. Llorad tambien las víctimas que debieron reservarse para la venganza de las leyes, y que han caido bajo la cuchilla de la venganza popular. Pero es necesario que vuestro dolor tenga término como todas las cosas humanas. Reservemos algunas lágrimas para otras calamidades mayores: llorad los cien mil patriotas inmolados por la tiranía: llorad á nuestros ciudadanos que espiran bajo sus abrasados techos, y á los

«hijos de ellas sacrificados en la cuna ó en los «brazos de sus madres; llorad pues por la humanidad abatida bajo el yugo de los tiranos.... pero «consolaos con la idea de que imponiendo silencio á todas las pasiones viles, intentais asegurar la «felicidad de vuestro pais y preparar la de todo el «mundo. La sensibilidad que gime casi exclusivamente por los enemigos de la libertad, me es «muy sospechosa. Cesad de agitar á mi vista la «toga sangrienta del tirano, sino quereis que me «persuada á que pretendeis volver sus hierros á «Roma.

Con esta mezcla de lógica artificiosa y declamacion revolucionaria, llegó Robespierre á cautivar al auditorio y obtener aplausos unánimes. Todo lo que le era personal era justo, y fué una imprudencia de parte de los girondinos señalar un proyecto de usurpacion donde no habia todavia mas que ambicion de influjo, que se habia hecho odiosa por su carácter envidioso; tambien era imprudencia querer encontrar en los actos del ayuntamiento la prueba de una conspiracion, cuando no existian mas que los efectos naturales del esceso de las pasiones populares. Con esto no hacian otra cosa los girondinos sino dar ocasion á la asamblea para que les negase la razon contra sus adversarios. Lisongeada ella misma con ver al supuesto gefe de los conspiradores reducido á jus-

tificarse y satisfecha con ver esplicados todos los crímenes por una insurreccion en adelante imposible y soñando en un porvenir mas dichoso, creyó la convencion que era mas digno y prudente reducir á la nada todas aquellas personalidades. En consecuencia se propuso la orden del dia; pero al oirlo Louvet, se lanzó á la tribuna y solicitó replicar. Otros muchos oradores se presentaron tambien queriendo hablar en pro, en contra ó sobre la orden del dia, y desesperando Barbaroux de que le escucharan, se fué corriendo á la barra para ser oido á lo menos como peticionario. Propuso Lanjuinais que se entablase la discusion sobre las importantes cuestiones contenidas en el informe de Roland, y últimamente consiguió la palabra Barrere y dijo: « Ciudadanos, si existiera
« en la república un hombre dotado del genio de
« Cesar ó de la audacia de un Cromwel, un hom-
« bre que con el talento de Sila reuniese sus peli-
« grosos recursos; si existiera aquí algun legisla-
« dor de gran ingenio, de una ambicion vasta y
« carácter profundo, por ejemplo un general con
« la frente ceñida de laureles y volviendo en me-
« dio de vosotros para imponeros leyes ó insultar
« á los derechos del pueblo, yo propondria contra
« él un decreto de acusación. Pero que hagais es-
« te honor á hombres de ayer de mañana, á unos
« miserables empresarios de alborotos, cuyas co-

« ronas civicas estan mezcladas con cipres, esto es
« lo que no puedo concebir.»

Este singular mediador propuso motivar asi la orden del dia: *considerando que la convencion nacional no debe ocuparse mas que de los intereses de la república.....*— « Yo no quiero semejante orden del dia, « gritó Robespierre, si ha de contener un preám-
« bulo que me sea injurioso. » La asamblea adoptó la orden del dia pura y simple.

Fuéronse corriendo á los jacobinos á celebrar aquella victoria, y Robespierre fué recibido en triunfo lloviendo los aplausos inmediatamente que se presentó. Solicitó un socio que le dejaran la palabra para hacer la relacion de lo que habia pasado aquel dia, y otro aseguró que no se lo permitiria su modestia ni querria hablar; pero Robespierre gozando en silencio de aquel entusiasmo, dejó que otro hiciese una relacion laudatoria. Entonces le denominaron Aristides, y se encomió su elocuencia *sencilla y vigorosa* con una afectacion que prueba cuan conocida era su aficion á las lisonjas literarias. Quedó rehabilitada la convencion, volviéndola el aprecio de la sociedad, y se pretendió que principiaba el triunfo de la verdad y no debia desesperarse de la salvacion de la república.

Instaron á Barrere á que se esplicase sobre aquellas palabras de *empresarios de alborotos*, y él dió una idea de lo que era, declarando que no ha-

bia querido designar con ellas á los grandes patriotas acusados con Robespierre, sino á sus adversarios.

Asi terminó aquella célebre acusación que no fue mas que una verdadera imprudencia, y que caracteriza ella sola toda la conducta de los girondinos. Es verdad que les animaba una generosa indignacion y la espresaban con talento; pero la mezclaban con resentimientos personales, con muchas, conjeturas falsas y con suposiciones quiméricas para suministrar á los que querian engañarse un motivo para no creerlos, á los que temian los rasgos de energia una razon para diferirlos, y por último á los que afectaban imparcialidad un pretesto para no aprobar sus consecuencias, y estas tres clases eran las que componian la Llanura. Sin embargo uno de estos miembros, el prudente Petion no tomaba parte en sus exageraciones, sino que dió á la imprenta el discurso que tenia preparado, en el cual estaban todas las cosas en su lugar. Tambien estaba exento de iguales preocupaciones Vergniaud, que por razon ó indolencia se creia superior á tales miserias y asi guardó un profundo silencio. Por de pronto la acusacion de los girondinos no tuvo otro resultado que el de hacer definitivamente imposible toda reconciliacion, y haber malgastado en un combate inútil, el mas poderoso ó acaso el único de sus recursos, que era

el de la palabra y la indignacion, aumentando el odio de sus enemigos sin adquirir ningun apoyo nuevo.

¡ Desgraciados los vencidos cuando los vencedores se dividen! porque estos abandonan sus propias querellas y se sobrepujan á sí mismos en celo para hundir á sus abatidos adversarios. En el Temple se hallaban unos presos sobre quienes iba á descargar toda la nube de las pasiones revolucionarias. La monarquía, la aristocracia y en fin todo lo pasado contra que luchaba con furor la revolucion, se hallaba personificado en el infeliz Luis XVI, y ya podia ver cualquiera en el modo con que trataban á aquel príncipe si se aborrecia ó no la contrarrevolucion. La legislativa como tan inmediata á la constitucion que declaraba inviolable al rey no se habia atrevido á decidir de su suerte; limitándose á suspenderle y encerrarle en el Temple, sin atreverse siquiera á abolir la monarquía, sino que habia dejado á la convencion el cuidado de juzgar lo material y personal de la antigua monarquia. Una vez abolido el trono, decretada la república, y encomendado el trabajo de la constitucion á los hombres mas hábiles de la asamblea, restaba ocuparse de la suerte de Luis XVI. Ya se habia pasado mes y medio sin haber podido ocuparse de los presos del Temple por haber estado cercada de infinitas atenciones, como

la direccion de los abastos, la vigilancia de los ejércitos, el cuidado de las subsistencias, que escaseaban entonces como en todos los tiempos de alborotos, la policia y todos los pormenores del gobierno, que despues de la caida del trono se habia trasmitido con no poca desconfianza á un consejo egecutivo, y finalmente las violentas disputas de los partidos. Mas una vez que se habia tratado de ellos, ya hemos dicho que se remitió el asunto á la comision de legislacion, y en el entretanto no se hablaba de otra cosa en todas partes. Diariamente se pedia en los jacobinos el juicio de Luis XVI y se acusaba á los girondinos de que intentaban dilatarle con sus disputas, á pesar de que cada cual tomaba tanta parte é interes en ellas como ellos mismos. El dia 1.º de novienbre, en el intévalo entre la acusacion y la apologia de Robespierre, habiéndose quejado una seccion de los nuevos pasquines que provocaban á la muerte y á la sedicion, se reclamó como se hacia siempre el juicio de Marat. Pretendian los girondinos que él y algunos de sus cólegas eran la causa de todo el desórden y á cada hecho nuevo que se citaba proponian que se les persiguiese. Sus enemigos por el contrario decian que la causa de los alborotos estaba en el Temple; que no se fundaria la nueva república, ni reinarian la paz y seguridad sino cuando se hubiese sacrificado al

antiguo rey, con cuyo terrible golpe se les quitaria toda esperanza á los conspiradores. Juan de Bry, aquel diputado que habia querido en la legislativa que no se siguiese otra regla de conducta sino *la ley de salud pública*, tomó con igual motivo la palabra y propuso juzgar á un tiempo á Marat y á Luis XVI; porque dijo: « Marat merece el título de *devorador* de los hombres, y seria digno « de ser rey. El es la causa de las turbulencias, « y Luis XVI el pretesto de ellas; juzguémosles á « ambos y aseguremos el reposo público con este « doble ejemplo. » En consecuencia ordenó la convencion que en el acto mismo se leyese el informe sobre las denuncias contra Marat, y que dentro de ocho días lo mas tarde, diese su dictámen la comision de legislacion acerca de las formas que debian observarse en el juicio de Luis XVI. Si pasados los ocho dias no hubiese presentado la comision su trabajo, cualquier miembro tendria derecho para subir á la tribuna y discutir aquella gran cuestion. Otras nuevas disputas y cuidados impidieron el informe de Marat, que ni siquiera se presentó hasta despues de mucho tiempo, y la comision de legislacion preparó el suyo contra la augusta y desgraciada familia que estaba encerrada en el Temple.

Tenia en aquel instante la Europa los ojos fijos en la Francia y miraba con asombro aquellos súb-

ditos que al principio se tenían por tan débiles, haber venido á parar en victoriosos y conquistadores, y tener el atrevimiento de desafiar á todos los tronos. Se observaba con inquietud lo que iban á hacer y todavía se esperaba que tendria bien pronto término su audacia. Entretanto se preparaban acontecimientos militares que iban á duplicar su embriaguez y aumentar la sorpresa y espanto en el mundo.

NOTAS DEL TRADUCTOR

PERTENECIENTES AL CAPITULO QUINTO.

PAGINA 509.

1 Labourdonnaie era un mariscal de campo de Francia, muy ambicioso y de muy corto talento, que abrazó el partido de la revolucion y la sirvió de subalterno. Le emplearon en Flandes con Dumouriz en 1792 y se portó con mucha molicie é inconsecuencia. Estuvo encargado del sitio de la ciudadela de Amberes y luego le enviaron contra los Bretones que se habian sublevado y entre los cuales se hallaba un pariente suyo. En mayo de 93 le acusó Leonardo Bourdon de que habiéndosele entregado cinco mil hombres bien armados, no habia sabido sacar otro partido de ellos que retirarse vergonzosamente y en consecuencia le destituyeron.

PAGINA 516.

2 Antes de la revolucion era el general Anselme coronel de los granaderos reales y le hicieron mariscal de campo en 1791, empleandole en el ejército del Var en 92. Estaba destinado para reemplazar al general Montesquiou en el mando del ejército, pero se revocó al dia siguiente aquel decreto por haber entrado este último en la Savoia. En esta toma de Villafranca de que habla el texto cayó en sus manos una fragata, una corbeta, los almacenes de la marina y mas de cien piezas de artillería de las baterías de la costa. Los habitantes de Niza solicitaron de la asamblea el grado de mariscal de Francia para Anselme, pero no se hizo caso de tal solicitud, antes por el contrario experimentó reveses y pérdidas de cuanto